



Ulises: pretexto de toda escritura viajera

Adaías Charmell Jameson

Ulises es el arquetipo que todo escritor crea como pretexto para un desplazamiento temporal, imaginario, físico u onírico; es la simbolización del viaje que, acompañado por un tiempo real, como es el caso de Humboldt, o un tiempo imaginario, como la ilusión de Dante, se convierte en fiel testigo de un ideal presente en todo ser humano que al final llega o no a ser realidad.

El viaje representa para algunos creadores, como Homero, un instrumento simbólico o el producto del conocimiento interno del poeta que crea y elabora como pretexto para poder contar el sentido de la vida y de la muerte, de la sensatez y de la insensatez, de la valentía y de la cobardía.

Ulises es el transgresor de los límites del tiempo. El héroe en Homero traspasa no el espacio físico que ya es un imaginario, traspasa el tiempo: “anduvo peregrinando larguísimo tiempo” (*Odisea*). El tiempo y el espacio no son testigos de Ulises sino del viaje, Homero quiere contarnos una historia y revelárnosla a través del mito, el mito de la vida de todo viajero.

Odiseo emprende una larga peregrinación o mejor una aventura. El viaje narrativo envuelto en rico espacio geográfico, oscila entre un mundo real y un mundo imaginado, adornado por el mito del Cíclope, de Circe, de Calipso y del Hades. Todos estos acontecimientos espaciales están cubiertos con el manto del tiempo; diez años. El juego del poeta con el espacio temporal es un recurso para revelarnos las astucias, peripecias y habilidades de un viajero que lucha por conseguir el eterno retorno al que nunca se le consiguió un fin. “Ya era tarde”. (*Odisea*)

Odiseo al final busca nuevamente la imagen perdida de la ida. Aunque sepamos de dónde partimos, y estemos conscientes de nuestro regreso; hacemos siempre de ese retorno un nunca acabar, no sabemos ni el lugar ni el sitio a donde llegaremos: ese es el encanto de todo viajero, esperar llegar a un sitio llámese Ítaca o de cualquier manera. “Tiresias me ordenó que recorriera muchísimas ciudades, llevando en la mano un manejable remo” (*Odisea*). El viajero nunca deja de ser un caminante y, como en todo final griego hay un reconocimiento, Homero pone en boca de Odiseo el reconocimiento: “soy un caminante” (*Odisea*).

El final del poema se convierte en el punto de partida del relato, es decir, el origen del viaje. El narrador crea la barca en la que posteriormente se sube el otro: Dante. Homero abre el camino del inmenso espacio por donde comienza a navegar la imaginación de Dante: *la lóbrega morada de Hades (Divina Comedia)* crea el espacio transtextual, como dice Genette, “todo lo que pone al texto en relación, manifiesta o secreta, con otros textos” (Genette:9,10).

La noción de intertextualidad como pretexto de continuar por el viaje de la vida está claramente definida en la *Divina Comedia*, “la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette. Ibid:10). El viaje de Dante es la prolongación del conocimiento del viajero anterior, “el progreso en conocimiento de sus sucesores” (Bajtín:29). Sin lugar a dudas todo texto es origen y prolongación de otro: la nave de muchos bancos de

Odisseo es la barca de Dante. El viaje transtextual es el libro que se abre, el tiempo que se extiende en la continuación del físico imaginario.

Ahora bien, hay un nuevo pretexto en Homero: Odisseo es el pretexto del viaje; en Dante, es la muerte a través de la escritura. Beatriz representa no sabemos si la búsqueda del amor que se ha ido, la del encuentro con Dios o la de la confusión espiritual del propio escritor. Dante nos presenta la vida como el camino que se bifurca y por donde cada quien decide escoger la senda que tiene que andar: “a mitad del camino de la vida me encontré en una selva oscura por haberme apartado de la recta vía” (*Divina Comedia*). La vida representa el único sendero para emprender el viaje tras lo perdido, Beatriz es la ilusión perdida que se recupera en el imaginario. Todo era una ilusión: “penetrando a través de mis ojos en mi imaginación, determiné la mía y fijé los ojos en el sol, en contra de nuestras costumbres... tú mismo te alucinas con tus falsas ideas” (*Divina Comedia*).

Nuevamente encontramos al final el motivo del viajero: *El viaje como pretexto de la creación literaria*, “haz que mi lengua sea tan potente que pueda dejar por lo menos un destello de tu gloria a las generaciones venideras” (*Divina Comedia*). Ya encontró su camino, llegó a donde quería llegar, a la creación literaria, el libro nuevamente se abrió, “al llegar a este punto le faltaron las energías a mi elevada fantasía” (*Divina Comedia*).

Así como Homero y Dante, la literatura está llena de viajeros, y ahora, de aquí en adelante, comenzaremos a viajar por ese universo en busca de ellos, cruzaremos mundos y continentes como viajeros mismos y en ese transitar descubriremos que el hombre siempre ha sido y siempre ha tenido un mundo y un libro abierto por donde ha transitado a través de unas y otras civilizaciones, de unos y otros pensamientos, pero siempre con un mismo sentimiento: el trascender y descubrir nuevos senderos y nuevos caminos.

BIBLIOGRAFÍA

ALIGHIERI, Dante. **La Divina Comedia**. Traducción de E. Rodríguez V., Barcelona, Bruguera, 1973.

BAJTIN, Mijail. **Estética de la creación verbal**. México, Siglo XXI. 1999.

GENETTE, Gérard. **Palimpsestos. La literatura en segundo grado**. Madrid, Taurus, 1989.

HOMERO. **La Odisea**. Estudio preliminar de Ángeles Cardona de Gibert. Traducción de Luis Segalá Stalella. Barcelona, Bruguera, 1978.